

VI

Mi tío era una buena persona, lo que se dice una buena persona en el sentido más rudimentario de la palabra, incapaz de concebir una maldad ni una traición en el roce con los hombres; su trato y todas sus palabras parecían estar barnizadas por un poco de cariño; espíritu apasionado y débil profesaba un gran respeto a la humanidad y a los sentimientos ajenos, carecía de ideologías y de opinión, fácilmente sugestionable, siempre dijo que sí a todo, aun a las más visibles contradicciones; se hizo médico porque sí, sin estímulo ni afición preconcebida; en el pueblo se iba consumiendo su vida entre la admiración o el cuchicheo de sus coterráneos, vivía bien con ellos, tomaba parte en sus conversaciones, medía su destreza, compartía los solaces cinegéticos. De preparación científica no andaba muy bien, algún *intelectual barato* del pueblo lo comparaba con el Celestino Herbeau, de Sandeau, «con la diferencia, decía el malicioso, de que éste dominaba siquiera los procedimientos homeopáticos». Había adquirido fama de filántropo y virtuoso; yo creo que su virtud consistía en hechos intuitivos, sin mediar razón ni pensamiento alguno, se le podían aplicar admirablemente las palabras de Madame de Sevigné: «Almas completamente rectas que aman la virtud con la misma naturalidad que los caballos galopan...»

Lo único que turbaba a veces su vida rural era el genio y maneras de su esposa, mi tía Mercedes; para mí era casi desconocida, pues no la había saludado acaso tres veces, mi padre me había enterado de algunos detalles de su vida: era hija de un acaudalado ganadero de aquellos alrededores, que le dejó al morir bastantes miles de duros; se casó con mi tío por un capricho juvenil, lo mismo que pudiera haberla dado por permanecer soltera o por comer cangrejos; no hubo entre ellos ningún lazo espiritual, no vislumbraron el señuelo de la felicidad para alcanzarlo ambos al mismo tiempo, de ahí provenían ahora los disgustos, la vida se entretiene en hacérsenos pesada y larga y el «siempre sufriendo tus impertinencias» era muy común en algunos de los dos; no tenían hijos, lo que contribuía a aumentar la antipatía que mutuamente se profesaban; una mediana cultura en ella y seis años de Universidad en él impedían que la cosa tomara mayores proporciones.

Respecto a la esterilidad vital de su matrimonio ocurría una cosa rara. Mi tía Mercedes se ufano muchas veces en público de aquella suerte que Dios le daba; las matronas sonreían ante esta declaración, pero sabían a qué atenerse: todo el mundo desdeña aquello que no posee o está seguro de no poseerlo nunca.

* * *

Era ya de noche, mi tío me hablaba nimiedades a las que casi no prestaba atención; pero después de una mirada escrutadora, una de esas miradas que parecen garras, puesto que comprenden y encierran todo género de observaciones, se dispuso a soltarme un discursito candoroso, vacilante, al que, a pesar de mi edad, calificué ya de ingenuo.

—Casi eres un hombrecito —me dijo— y como tal has de irte desenvolviendo, has tenido la desgracia de quedarte sin padres, pero ya verás como una vez olvidado todo esto resurge la alegría de vivir, el encanto del mundo; siempre creo haber advertido que tomas la vida demasiado por lo sensible, acongojándote mucho sus vicisitudes y sin ver en ella nada

agradable ni hermoso; es extraño que a tu edad te dé por esas cosas, deja de filosofías y mira prácticamente cómo has de arremeter contra la realidad que te envuelve; yo, la verdad, me resulta muy dolorosa tu situación, pero bueno... tú me entiendes, hoy, sin un medio de vida..., en fin... tendrás que trabajar...

Calló porque no le prestaba atención, me puse a mirar la luna; a mi tío lo comprendí inmediatamente en la categoría de los *pobres hombres*, al hablarme así es que me creía un haragán, y temía que me adhiriese demasiado vampíricamente a su piel de hombre vulgar y tonto; después me enteré que todas sus palabras habían sido inspiradas por su esposa; pero era lo mismo, sabía lo que me esperaba en aquella casa: indiferencia, antipatía, alguna palabra sensiblera de mi tío... Yo reflexionaba, y de la reflexión obtenía la consecuencia de que las relaciones sociales tenían que ser puro mito, ya que en las mismas familias se helaba la sangre al salir del corazón... ¡Yo recordaba una obra de Tolstoy!...

Seguimos en silencio, la noche era espléndida y esparcía oleadas de tranquilidad; a los lados del camino las sombras de los árboles se proyectaban entre risueñas y altivas; oíamos el jadear de los caballos y el ladrido de un perro lejano: aullidos que se perdían en la noche sonora y dulce; sin hablar parecíamos dos graves personajes de novela, resultaba casi violento nuestro proceder, y yo, una vez adoptado cierto método a seguir, turbé el silencio.

—¿Llegamos pronto; tío?

—Sí, no tardaremos mucho; el pueblo está en una hondonada, y por eso no se ve todavía, ¿vas cansado?

—No, era curiosidad, y a la vez por hablar algo; casi parecíamos dos regañados.

—Sí... ¡Je!, ¡je!...

Llegamos; nos esperaba mi tía para cenar..., saludos..., alguna lágrima, sequedad, etc., etc. Yo, con más experiencia de la que se creía mi pobre tío, comprendí inmediatamente el alcance de aquel recibimiento, durante la cena hablé poco, me disculpaba mi dolor y mi desgracia reciente.

Había en las miradas que me dirigían cierta extrañeza o desdén como si les hiciera el efecto de un bicho raro o exótico; sin embargo, había también un algo de curiosidad en su brillo que aumentó mi desconfianza y me trajo a la imaginación un recuerdo sensible.

Aquella noche dormí poco; mi cerebro insomne, parecía complacerse en reconstruir cuadros dolorosos, y, animado por una energía alentadora, procuraba explicarme con fondo progenitor mis absurdas situaciones; aherrojado fatalmente por la vida carecía de un hogar debidamente hermojado por el amor verdadero, por el amor hermoso, por el amor dulce, por el amor hondo e inagotable; y yo me veía sobre una cama extraña, privado de sueño, respirando un ambiente que me inundaba de dudas; pero aquí surgía mi enigma: ¿sería yo un egoísta? ¿Con qué derecho me encontraba para suspirar por un cariño paternal? Y veía alrededor de mis concepciones algunas sombras que no acertaba a comprender, entreveía mi debilidad: una debilidad de niño rabioso al no conseguir ciertos caprichos; luchaban enconadamente las realidades cortantes de la vida con mis puerilidades infantiles, y razonando como corresponde a un joven sensato achacaba las amarras de mis penas a las fibras niñas que aun resguardaba en mi corazón. En medio de ese éxtasis que se apodera inconscientemente de un cuerpo cansado, ideé la transición que urgentemente necesitaba; sí, era preciso una fuerza que, a la vez que se encargase de disipar el nublado que rodeaba mi existencia, hiciérame dominar el sentimentalismo al contacto con hechos anteriores y pasados. Me tranquilicé un poco, y con la relativa satisfacción que experimenta un espíritu

preocupado al encontrar los orígenes de su pena y el remedio a sus desdichas, abandoné mis reflexiones y pude conciliar el sueño, envolviéndome amorosamente en una túnica gris y acompañado por las melodías finas y dulces de un laúd mágico.

Desperté pronto; era tal la situación del dormitorio, que los primeros rayos del sol se posaron fugaces y juguetones sobre mi rostro contraído, me sentí aliviado al recibir tan de sorpresa la grata compañía de aquellos alegres hilillos rojos, enviados como para saludarme por la sublimidad diáfana de la Naturaleza adorable y fraterna.

Sentía deseos irresistibles de ir al campo, me levanté; la casa dormía aún tranquila y confiada, fuera se oían las voces y canturreos de los campesinos; salí a la calle y pude ver la situación de la casa de mis tíos: un edificio ordinario y vetusto, de formas arquitectónicas irregulares; en medio de la plazoleta parecía un brote pétreo engendrado por una divinidad mitológica: la más útil y repugnante. Allá a lo lejos se distinguía el verde pálido de unas encinas, cuyas frondas grises a causa del estío brillaban al reflejo del sol que marchitaba sus hojuelas trémulas y mustiaba los alrededores vacilantes.

No sé qué coincidencia hubo en mis miradas sobre aquel manto polícromo que mi cerebro pasó a recordar ciertas lecturas henchidas de filosofía y bienestar, no tuve más remedio que ocuparme, ante aquellos sublimes panoramas, de ideas y pensamientos todavía algo inciertos; delante de mi vista se extendía profusamente el campo indistinto y vario en concepciones; el sol, a medida que avanzaba, se hacía más picante y molesto, ya sus influencias retardoras dañaban vivamente las retinas débiles que se resguardaban, doloridas y miedosas, en los párpados protectores; el calor surtía ya su efecto en las creaciones naturales, todo era menos hermoso, menos cautivador, aunque en su fondo no se extinguiera la grandeza y esplendor de una incomprendida sublimidad; las débiles plantitas parecían inclinarse sumisas, la pradera tornábase pálida y amarillenta, el polvillo de las encinas se hacía más perceptible, más desolador, toda aquella humanidad vegetal antes alegre y confiada caminaba ahora exhausta y sin fuerzas a una posible hecatombe mortal; por unos instantes me acogió cierta duda, vi algunos parecidos, eché una mirada rápida al mundillo de los humanos; una parodia ridícula y burlesca me pareció en comparación con el sublime mundo vegetal; sin embargo, la desolación y el abandono que me herían en mi ambiente humano aparecían a mi vista en igual disposición aterradora, me senté a la sombra de un corpulento y frondoso árbol, di rienda suelta a mi imaginación y a mi espíritu, que no tardaron en desbordarse trayéndome como inspiraciones originales de un gran número de cerebros desarrollados y potentes. Aparecíónteme primero una serie de filósofos y pensadores; sus rostros, contraídos unos, enmarañados otros, irradiaban envolventes gasas en las que guardaban sus prosélitos más convencidos; vi a Descartes, le oí afirmar que él existía; pasó luego Casmoa, con sus afirmaciones indeterminadas; luego Krause, cuyo armónico doctrinario había cautivado a multitud de cabezas huecas; desfilaron muchos más, mostrando igualmente lo florido de sus discutidas tesis; vino, por fin, Kant, rodeado de grandes acusaciones que soportaba indolente; y, por último, cuando mi imaginación cansada se disponía a cerrar hábilmente los cuadros vistos, apareció, rezagado, pero altivo, sereno y deslumbrante, Federico Nietzsche; en todo su cuerpo estaba escrita una frase: «El hombre es algo que debe ser superado.» Esta frase retumbaba en los cerebros de todos los oyentes como un algo humano y sobrenatural que formara ascuas individualistas o anhelos de perfección; era el filósofo del siglo, se reconocía su potencialidad enorme y su

poderosísima influencia espiritual... El más débil personajillo anhelaba *superhombría*, soñaba con Zaratustra.

El sol me picaba, y sus agujonazos iban haciéndose insoportables.

¿A qué había venido todo esto? ¿Qué motivo me indujo a pensar?

¡Ah! sí, me impresionaron vivamente las mustias posiciones de la más hermosa de las Naturalezas, y pensé en un posible remedio; la grandilocuencia del sol se presentaba harto imperiosa para soñar en disminuirla, el apoyo propio nietzscheano no lo entendían las pobres plantas, únicamente podían esperar un posible auxilio del mundo de los humanos, encarnado en los *superhombres*, y estos desgraciadamente no existían...

El calor por un lado, el pesimismo por otro, dieron a mi cabeza una pesadez extraordinaria, abandoné aquellos lugares que, aun dentro del más abrasador fuego, mostraban suaves brisitas que querían helarse: el apego a la vida...

Regresé, caminaba hacia el pueblo completamente absorto en cavilaciones fútiles, tontas, repletas de nimiedades; un ligero tropezón sobre un pequeño guijarro me hizo avivar y serenarme, la atmósfera parecía una plancha metálica que se echase encima, tanto pesaba, no se oía un gorjeo, los pajarillos sufrirían también los rigores del astro homicida; todo quería morir, todo ansiaba desaparecer, sólo yo avanzaba rígido por la llanura...

Me esperaban a desayunar, sorprendiéndolas mucho no haberme encontrado en el lecho.

—¿De dónde vienes?, me preguntaron.

—He dado un paseo por el campo —les contesté— me gustan sobremanera los panoramas matinales y hermosos de la Naturaleza, soy amigo fraterno de todo lo incomprendido, de todo lo impoluto; las únicas que permanecen aún puras y sin mancha son las encarnaciones mudas de lo ignoto...

—Bien, bien —dijo mi tío— no pienses mucho en esas cosas porque no sé qué va a ser de ti.

Y al pronunciar estas palabras clavó en mí una mirada a la vez que hacia fuerza de memoria para recordar sus estudios psiquiátricos; se retiró, débilmente llegaron a mi sus palabras que decían: «hay que curarlo, hay que curarlo».

Después de desayunar mi tío me invitó a que lo acompañase en la visita; desistí diciendo que estaba muy cansado, que iría otro día cualquiera.

* * *

El sol, en su ocaso, lanzaba los últimos destellos; se le veía descender vacilante y rútilo hacia otros hemisferios y otros mundos; la hora vespéral mostraba su faz risueña, algo ensombrecida por la noche vaga e indecisa...

La ventana daba al campo... Mi tía Mercedes y yo frente a frente sobre la mesa circular desafiábamos al silencio; mi tío había ido a un pueblo próximo, la fámula regodeaba con las vecinas, la soledad se unía al silencio...

Hubo un momento en que miré a mi tía. Era ésta una mujer no muy alta ni muy gruesa, rubia, de un rubio claro y vivo, regularmente hermosa, con esa segunda hermosura que parece nacer en las mujeres casadas a los treinta y cinco o cuarenta años, ojos vivaces y saltones, nariz fina y ligeramente puntiaguda, las mejillas entre rosadas y blancas dábanla un aire de diosa virginal; sus labios eran delgados, finos y muy dispuestos a contraerse al

menor nerviosismo; la barba muy bien colocada parecía como el manguito por donde pudiera sostenerse la perla fulgente de su cara; se distinguían en ella rasgos generales de ardor y exaltado genio, ya su cuerpo no poseía la dureza de complexión propia de una atrayente doncella, sino que la madurez se dibuja incierta sobre las líneas de sus pechos. Era como una flor mustia a la que buenos cuidados patológicos logran volver a rejuvenecer, aunque conservando ciertos rasgos de su verdadero estado. Queda definida su riqueza física, de su riqueza espiritual no hablemos, mal se puede definir una cosa que no existe: su espiritualidad era completamente nula.

Yo la miraba y ella a mí, la mudez de nuestras lenguas daba a aquellas miradas mayor significación y mayor atrevimiento en las de ella, las mías eran candorosas, guiadas únicamente por una curiosidad vulgar o por una intuición espontánea; yo notaba en sus miradas algo extraño que parecía remover furiosamente mi corazón extenuado, aprisionábanme sus bucles y aspiraba el vaho caliente de su aliento, ella pareció notar el efecto que en mí producía, y alargando el brazo lo posó cariñosamente sobre mi cuello a la vez que murmuraba entre dientes: «huerfanito, huerfanito tan joven». Sus palabras terminaron de trastornarme, porque fueron base para que en mi interior comenzara a formarse una nueva pasión maternal: ya sus ojos se tornaban melancólicos, su rostro adquiría la ternura de una madre, sus palabras eran cariñosas; por un momento me arrepentí de haber calificado tan duramente los sentimientos de aquella mujer que lograba despertar en mí apagados amores.

¡Oh ingenuidad la mía en aquella edad dormida! Cómo troqué las apariencias y con qué equivocación juzgué las caricias, no advertí que aquel brazo ardía como un ascua e incendiaba mi cuerpo de falsos temblores, no vi cómo las mejillas de aquella mujer se transformaban y enrojecían su color hacia un carmín intenso, no supe apreciar la significación del beso que depositó en mis labios convulsos, no oí un suspiro que saliendo de su pecho se evaporó en los aires, no noté cómo una lágrima, acaso de rabia, manó de sus ojos y me abrasó una mano, no me dí cuenta, en fin, de que aquella mujer perversa y mala se había enamorado de mí y me deseaba.

Yo permanecía sin comprender los alcances de todos sus proceder y seguía admitiendo y alentando inconscientemente un amor terrible.

Yo poseía corazón, yo tenía en mi pecho ese mueble que ennegrece nuestras acciones; al morir mis padres pensé con alegría en su desaparición pronta, tuve grandes y cruentas luchas con el sentimentalismo, casi llegué a ahuyentarlo de mi idiosincrasia, ambicionaba un carácter estoico que me guiase impertérrito por las enmarañadas selvas de la vida; un instinto me aconsejaba que el corazón es peligroso, ya algunas veces en mi niñez me complacía en aprisionar el corazón con las manos en espera de su parada e inmovilidad, lo deseaba como un fin bello, sin saber que aquel fin sería la muerte, luego deseaba vivir en el mundo de los muertos, donde revolotean las almas: manantiales de ciencia y de arte. Instintivamente desmentía las teorías sadúceas, sí, una ultravida tenía que esperarnos, puesto que esta dependía del corazón y el corazón es una cosa tonta, carente de personalidad seria, inmerecedor de que un alma, todo un alma se encontrara a su servicio, consecuencia: la vida es como una condición que se le impone a un alma para arribar a la otra, a la supervida, donde por una eternidad vivirá y efectuará sus deberes; el cuerpo no es más que una masa de carnaza que se le carga al alma con objeto de agujonearla y hacerla sufrir duramente en este mundo imbécil. ¿Qué es, pues, la vida? La vida es un continuo

éxodo hacia la muerte, esto es, a la supervida de dos entes antagónicos: uno animal, vicioso y pútrido que desaparece en la demanda, y otro inmaterial, puro y florido que vuela hacia las regiones todo perfección y encanto...

Bueno; abandonemos estas divagaciones y volvamos a aquellos momentos que habían de marcarse en los sincronismos de mi existencia como un nuevo y decisivo guía; mi pecho, sangrante por las desgracias acaecidas, era un pozo abierto, dispuesto a recoger el agua que en él quisiera penetrar; mi pecho se llenaba con amor, pues amor necesitaba en sus cavidades despobladas; por eso, las muestras de cariño que me ofrecía una mujer se adueñaron inmediatamente de sus galerías huecas.

Desde aquel día el hogar de mis tíos se me hacía más confortable y más natural mi presencia; veía en él un segundo hogar paterno, y sus moradores aumentaban considerablemente en mis afectos y sentimientos. El mismo día, al regresar mi tío Favio de la visita, pude oír un diálogo que hizo comprendiera, aunque superficialmente, muchas cosas.

—Qué, ¿le dijiste aquello al sobrino?

—Sí; por cierto que se quedó callado; no me atrevía, pero como me lo habías asegurado tanto...; la verdad, que casi era como echarlo de casa antes de llegar...

—¡Ah, simio! (1); parece mentira que tu corazón te consintiera decirle aquellas palabras al hijo de tu hermana, a un pobre huérfano sin hogar ni personas que lo quieran; vergüenza debía darte semejante canallada.

—Bueno, Mercedes, ¿qué es lo que te propones? Tú misma me instigaste a hacerlo; bien sabes que yo me resistía, ¡pobre sobrino! Y créelo, me ha traído preocupado todos estos días. ¡Tú misma no hacías más que ponerle trabas para que no viniera con nosotros, el mismo día de haberlo ido a buscar! No me negarás que fuiste tú la que decías: «¡Bah, no tiene fortuna, se ha gastado todo; mira a ver si puedes perderlo de vista cuanto antes; sería una carga más, y no es por ahí!» De forma que aquí se ve bien clara la situación de cada uno; examínala para ver de quién es la culpa.

Hubo una ligera interrupción; sin duda, mi tía, ante la clara acusación, se callaba; pero al poco la oí hablar:

—Nunca me supuse que te atreverías a decírselo, y conociéndolo, es tan bueno, que yo casi le he tomado cariño; no me daría cuidado tenerlo en casa como un hijo; de tu cuenta queda el que le vuelva esta casa a inspirar confianza... Es que se necesita no tener corazón, vamos...

—Bueno, bueno; muy cariñosa te encuentras hoy; yo me las arreglaré para que no se marche. ¡Si me alegro yo más que tú!

No oí más; quedé sumido en un gran número de pensamientos, que no me sacaban de mi obscuridad; retraté nuevamente a mis tíos: él continuaba siendo para mí el hombre *bueno*, sin voluntad, subordinado por entero a los mandatos de su mujer, fueran o no enormidades; ella, no estaban claros para mí sus proceder; a veces la suponía como una segunda madre, que al contacto con mis sufrimientos y mis penas acogíalas en su regazo materno; otras veces parecía ver en ella un incomprensible muestrario de amores desconocidos, de pasiones ignotas, de situaciones esotéricas. Aquella conversación se refería, sin duda, al pequeño discurso que me soltó mi tío durante el trayecto de Palmera a su casa, y que ya he relatado; se me aparecían algo ocultos ciertos extremos; no obtenía ni de él ni de su alusión la clave descarnada e hiriente de la realidad; por lo tanto, seguía

encerrado en el lugar de las falsas hipótesis, que había de traerme fatales consecuencias y disgustos grandes, los cuales pasarían a roer mi alma: testigo imperturbable de todo.

Al día siguiente, ya algo repuesto de las incidencias y vaguedades del anterior, me levanté algo optimista y dicharachero; hasta creo logré olvidar por unos momentos mi situación enlutada.

Fuí con mi tío, acompañándolo en la visita que diariamente giraba a sus enfermos; el extremado calor nos batía indolente y furioso; el aire, seco, hacía difícil la respiración; el tránsito se hacía casi imposible; llegamos a la casa del primer enfermo; era una pobre vivienda, destaralada y miserable, que más bien parecía una huronera que un hogar de humanos; en el patio jugueteaban unos muchachos; mi tío recomendóles silencio, y los chicos obedecieron entre asustados y respetuosos; penetramos en la mansión del enfermo; allá, sobre un camastro viejo y medio derrengado, se encontraba un hombre de unos cuarenta años; provenía su enfermedad del cansancio producido por las faenas de recolección en una naturaleza débil y enferma; una tarde fría y un descuido hicieron todo; un catarro gástrico-intestinal lo roía con saña; el buen hombre se quejaba amargamente, estaba rodeado de miseria en una zahurda inhóspita, hiriéndole a la vez el recuerdo de su trabajo abandonado y las fatigas que pasarían su esposa y los hijos mayorzuelos en la lucha con los calores. Abandonamos aquella mansión de dolor y sufrimiento..., que trajo a mi imaginación un cuadro espantoso: la muerte de mi padre. Al salir dirigí a los pequeñuelos, que corrían en el patio, una mirada cariñosa, en la que iba fundido el sorbo del heroísmo de mi orfandad.

Mi tío siguió visitando enfermos análogos; yo me encontraba sin fuerzas para seguirle y fuí hacia casa; eran próximamente las once de la mañana; encontré a la tía que, melancólica y nostálgica, estaba deshojando una rosa; sus ojos se clavaban fijos en la humorada del aire; el cabello caído sobre la espalda en ondulaciones de oro; al verme se levantó; los pliegues del «kímon» oriental se naturalizaron, dejando ver su tipo casi esbelto gracias a los coturnos que la daban cierto aire de princesa de cuento; yo la miré; los rayos de mi mirada se cruzaron con los de la suya; hubo un cambio y una penetración, que me hicieron el efecto de un latigazo seco y prolongado; no obstante, me la figuré vestida de negro, exornada su cabeza por penachos argentados, vertiendo sus ojos lágrimas de preocupación, ocupando su corazón la imagen del hijo amado, extendiendo sus brazos maternales, y... como obligado por un súbito ademán, me arrojé en aquellos brazos y dile un abrazo fuerte, inflamado, espiritual, acompañado en el paroxismo de la inefabilidad por besos quemantes y elevados... ¡¡Creí que era mi madre!!...

Me desasí de sus brazos, que me apretaban como garras, y caí desalentado sobre un sillón; interiormente lloraba, porque mi pena no podían apagarla aquellas caricias que me prodigaban, y miré a mi tía con aire de desconfianza, de indiferencia; pero aquella mujer ejercía sobre mí un influjo inexplicable; en el fondo yo la veía buena, y lo más raro, yo la veía hermosa y bella...

¿Cómo era posible? Sí; yo tenía dentro de mí un algo que comenzaba a arder en su presencia: ya sus ojos antojábanseme teas luminosas; su cabeza, una perla grisácea; su tipo, en total, un conjunto estético, deslumbrante y armonioso; fué aquella la terrible revelación serafina, las miradas que fulgían de sus dos azabaches tenían para mí un brillo particularísimo, los efluvios perfumados de su cuerpo llegaban a mis nervios como embriagadoras voluptuosidades diabólicas y ofidiescas; temblando, llevándome ambas

manos alternativamente al pecho y la frente, tuve que manifestarme que aquel amor no era natural, que aquel amor quería absorber mi vida entera, que aquel amor no era el tranquilo y reposado de una madre, sino el turbulento y rojo de un... ¡Ah!.. una mancha difusa y una incógnita...: yo estaba enamorado de mi tía Mercedes.

Y ésta lo supo, lo vislumbró en mi azoramiento y en mi exaltación; estaba radiante, cada vez más hermosa a mis ojos, envuelta en el artesonado místico de pasiones desconocidas, aumentado el encanto de su cuerpo por movimientos frágiles y ligeros que denotaban hechizo y voluptuosidad...

¿Era extraña mi situación? ¿Era impropio de mí un amor semejante? En aquellos momentos estas interrogantes se me parecían caóticas, indefinibles, carentes de oportunidad bien adaptada a mi estado, ambiente y vida.

La fuerza espiritual desarrolla sus impulsiones en las sombras...; a mí, entonces, me rodeaba una nube densa y negra, el crujido de la naturaleza ante la ceguedad del amor.

* * *

¡Oh amor! tus alas revoloteadoras no dejan tranquilo un corazón, tus cantos subyugan falsamente avispadas ilusiones, tus influencias adormecen la razón y el alto sentido de la vida, tus garras aprisionan las almas ingenuas, tus investiduras no sirven ni aún de homeópatas procedimientos para los males que causas, fuiste llamado por el ingenioso y profundo Heine: «el amable croupier del Infierno», compendiando así en ti todas las grandes revoluciones espirituales y las mayores fluctuaciones del ánimo; eres capaz de invertir el mundo por alcanzar una casualidad, una mirada que satisfaga tus ansias; te adueñas de los corazones doloridos y vuelcas en ellos sacrílegas e insensatas pasiones; no respetan, a veces, tus juegos, ni a las sagradas uniones de la sangre, y vergonzosamente haces cometer incestos y adulterios; resultas, pues, estrafalario y peligroso; mereces siempre las execraciones humanas, aunque ciertos ratos logres proporcionarle goces elevados y espasmódicos; por tu única y exclusiva culpa se hunden amistades y se desarrollan tragedias; tus bromas son siempre pesadas, misteriosas y cabalísticas; te desconocen los niños, falsamente te vislumbran los adolescentes, te saborean los jóvenes, se sacian en tus galerías heterogéneas los maduros, y te olvidan los ancianos; el camino que vas trazando en la vida es oscuro e incierto, rodeado de innumerables pérdidas y tremedales donde la avalancha humana se ahoga y desaparece; tus traiciones desesperan, tus anhelos son utópicos y las limas de tus obreros cortan muchas vidas; se duda siempre de ti, pero a pesar de ello tus triunfos son clamorosos; eres un diablillo feo, asqueroso, ruin, poseído siempre por la manía del ensueño y la sensación que trasmites a todos tus prosélitos; unes bajo tu bandera burgueses y proletarios, nobles y plebeyos, reyes y hampones, trabajadores y ociosos; a todos, a todos, sin excepción, aguijoneas con tus afiladas puntas; y a mí me lanzaste ingratamente hacia las escabrosidades más temidas del amor, hacia una belleza muerta, hacia un campo prohibido, hacia las miserias de la vida.

Y yo, yo que poseía un corazón sensible que no tenía por quien palpar, me encontré con una hoguera que ofrecía, insaciable, puestos en sus interioridades aún despiertas; a lo primero fué una especie de acaloramiento extraño, después una pasión turbulenta que, recorriendo los repliegues de mi alma, quería posarse fugaz y cariñosa en aquellas exhaustas y ardientes homogeneidades. Yo no dejaba de entrever los inconvenientes de

aquella pasión mía que tan espantosamente se levantó en mi pecho, yo quería hacerme comprender que era un imposible, y me esforzaba por abandonar y rechazar las recalcitrantes furias.

Y algunas veces me preguntaba, todo asustado y contraído, si aquellos sentimientos míos no serían una ridiculez o una cosa tan descabellada y ciega por la que mereciera las mayores diatribas o las más grandes repulsas.

Además, ¿quién me decía que aquellas manifestaciones de cariño que me ofrecía mi tía no eran un leal y noble amor por un huérfano desventurado y entristecido? Y la duda carcomía mi alma, henchida de diversas ilusiones y aún, acaso, mayores desmanes.

Entonces, yo pagaba y correspondía aquel aprecio con insultos espirituales y suposiciones absurdas cuya exégesis habría de causar risa o una gran conmiseración; ya me veía objeto de la burla de los tíos, las ironías zumbonas de los remordimientos; pero mi ardor subía, subía dispuesto a escalar atrevidamente los más elevados puntos de sus ensueños.

Al fin, terminó por apoderarse de mí una ola nerviosa y conmovedora que me llevaba a numerosas horas de insomnio, a intranquilizadoras jornadas de dudas y horrores, a inevitables consecuencias excitadoras; víctima de este trasiego de sentimientos, de estas novedades desconocidas por completo en mi sensibilidad, que se unieron a los sucesos de la muerte de mi padre, se agotaron mis fuerzas y caí enfermo, mi indefinible situación contribuyó a hacerme más pesada la soledad, y continuamente unos sollozos interiores se complacían en desbaratar lo mejor de mi alma dormida.

Nota

(1) Mi tía Mercedes, cuando se enfadaba, llamaba «simio» a todo el mundo, afán que, sin duda, representaba toda una filosofía.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»

>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS

>DOCUMENTO: Sello_008